

MORAZAN REVOLUCIONARIO

EL LIBERALISMO COMO NEGACION DEL ALUMINISMO

Mutilar los LIBROS es una FALTA GRAVE. Cuide estos recursos,
porque nos sirven a todos.
BIBLIOTECA CENTRAL



LONGINO BECERRA

INTRODUCCION

*La peor desgracia que le puede ocurrir a un país hoy es que el liberalismo, como doctrina política y económica, continúe ejerciendo una influencia decisiva dentro de él. Esta corriente ideológica no tiene su origen, como se ha venido sosteniendo universalmente, en la filosofía iluminista y mucho menos en los hechos extraordinarios de la Revolución Francesa. El Iluminismo es el pensamiento de una burguesía revolucionaria claramente enfrentada a los modelos absolutistas de la aristocracia feudal, mientras que el liberalismo es la doctrina de una burguesía conciliadora, cuyo interés básico ya no consiste en ponerles fin a todos los privilegios para salvar al hombre, sino en establecer nuevos privilegios. Hay, pues, una colosal diferencia, desde el punto de vista político, entre lo que es la **burguesía revolucionaria** y lo que es la **burguesía liberal**. Cuando se olvida este hecho tan simple es que surge el error común de ver en la Ilustración la fuente del liberalismo, como si éste alguna vez y en alguna parte del mundo hubiese tenido relaciones, aunque fueran momentáneas, con la revolución.*

Es todo lo contrario. Los grandes creadores de la doctrina liberal, como Bentham, Constant, Mill, Hume, Spencer y muchos más, sometieron a expurgo las ideas iluministas, no para elevarlas a nuevos niveles, sino más bien con el fin de hundirlas en el pantano. Estas ideas, que sirvieron en su momento para darle base a la arremetida de la burguesía revolucionaria contra los tronos aristócratas, comenzaron a verse con desconfianza en el seno de un sector oportunista de la burguesía a causa de que nuevas fuerzas sociales, surgidas al calor de la primera Revolución Industrial buscaron no sólo hacerlas valer en su esencia libertadora, sino también ponerlas como base de un impulso más avanzado en la lucha por el rescate del hombre. El referido sector oportunista de la burguesía pasó a ser liberal cuando, además de renunciar a los conceptos ideológicos fundamentales de su clase, entró

en arreglos claudicantes con la aristocracia absolutista para imponer un modelo político basado en nuevos privilegios.

A este respecto tiene sumo interés señalar que la sociedad humana se mueve, como ley universal, dentro de un sistema de progresiva socialización de los medios superiores de existencia, incluidas las oportunidades para regirse a sí misma, lo que permite el paso del hombre a estadios de hominización cada vez más altos. Pero este proceso no es espontáneo, sino que se efectúa a través de una permanente lucha entre quienes ven hacia adelante en la historia y quienes miran de preferencia hacia atrás. En los siglos XVII y XVIII la burguesía revolucionaria, jalonada por el pensamiento de hombres como Locke, Rousseau, Montesquieu, Hobbes, Voltaire y otros, le dio un extraordinario impulso al movimiento socializador antes aludido al barrer los obstáculos levantados frente a él por el absolutismo. Lo importante para la humanidad, lo deseable, era que ese impulso se hubiese continuado con nuevos jalones sistemáticos en la carrera de relevos que es la historia del progreso. Sin embargo, ello no fue así porque la burguesía oportunista, al renunciar a lo más alto del Iluminismo y conciliarse con el pasado feudal, levantó otros obstáculos frente a la socialización de la vida humana, es decir, el encuentro del hombre consigo mismo para definir mejor su marcha hacia el superhombre. De esa manera, el referido grupo de clase, provisto ya de las ideas liberales, se convirtió en un nuevo tapón de la historia, contra el cual fue necesario dar la batalla durante todo el siglo XIX para abrirles paso a más y más conquistas sociales, ya que la socialización, como ley universal de la vida, aun cuando sea frenada, siempre se abre camino hacia niveles superiores.

El liberalismo dominó como doctrina política durante gran parte del siglo XIX y las primeras décadas del XX en muchos países del mundo, incluidos, por supuesto, los de América Latina, según demuestran con amplitud Harold Laski, Walter Lippmann, Reinhard Kühnl, C. B. Macpherson y otros. A lo largo de ese período reinó el más crudo individualismo, tanto en la economía como en la política. Producto de tal hecho es el surgimiento de un modelo capitalista basado

fundamentalmente en la fría ganancia: el **capitalismo liberal**, responsable de las jornadas de catorce y dieciséis horas, la explotación inmisericorde de la mujer, el aprovechamiento despiadado de los niños, la colonización bárbara de casi todos los continentes y las guerras más crueles que registra la historia de la humanidad. El ideal de un hombre rescatado de cualesquiera avasallamientos, tan ardorosamente defendido por los pensadores de la burguesía revolucionaria, naufragó en el seno de una sociedad donde el ser humano fue víctima de nuevas reificaciones al sustituirse la dictadura del Más Allá por la dictadura del Más Acá.

Fue necesario, por tanto, organizar duras batallas contra ese nuevo estado de cosas para impedir el estancamiento asfixiante del proceso socializador de la vida humana, tendente a convertir en comunes, cada vez más, los medios superiores de existencia. Un sistema de ideas que no sólo era la continuación lógica del pensamiento elaborado por la burguesía revolucionaria, sino también la superación cualificada del mismo, surgió durante el siglo XIX como base del combate contra las nuevas reificaciones. El principio participativo, en política, economía, cultura y todas las áreas posibles, fue la esencia del nuevo ideario con que el mundo comenzó a alumbrarse durante esta etapa. Naturalmente, la sociedad liberal, opuesta por sistema a toda intención participativa, reprimió a sangre y fuego las ideas y los actos con signo opuesto al individualismo que ella encarna. Sin embargo, pese a su resistencia, el ideal participativo logró abrirse paso en la realidad política del mundo durante el lapso que va de 1870 a 1930, lo que condujo a la disolución de los partidos liberales en casi todos los países del globo y el surgimiento de una sociedad donde, aún con terribles limitaciones, ha comenzado a reconocerse el principio participativo como el signo básico de los nuevos tiempos. Insistir, pues, en una filosofía individualista —la filosofía liberal— es colgarse de la historia como un peso muerto.

El liberalismo, según queda dicho, frustró durante casi todo el siglo XIX los cambios radicales exigidos entonces como



continuación de las ingentes realizaciones de la burguesía revolucionaria en un lapso que se extiende entre los siglos XVII y XVIII. Los resultados negativos de tal acontecimiento, como es obvio, están en razón directa de la mayor o menor persistencia del ideario iluminista: allí donde éste mantuvo cierto vigor, surgieron sociedades más desarrolladas en todos los aspectos; pero allí donde la erosión liberal anuló casi en su totalidad lo más alto del Iluminismo, se dieron sociedades marchitas y pobres en todos los rangos. El caso extremo de esta regla en Europa fue España, la cual no pudo llevar a cabo la revolución burguesa, madura plenamente en el período que va de 1808 a 1820, porque los liberales, encabezados por Gaspar de Jovellanos, en alianza con los conservadores que dirigía el conde de Floridablanca, le birlaron al pueblo su victoria contra los ejércitos napoleónicos y su plan revolucionario contra los monarcas absolutistas. Esta es la constante histórica del liberalismo en todas partes del mundo, es decir, allí donde los pueblos están a punto de lograr grandes cambios en el ordenamiento social, los seguidores de dicha corriente se les atraviesan en el camino para mediatizar los resultados. Naturalmente, a causa de la referida frustración revolucionaria, la Península Ibérica se convirtió en la cenicienta del continente europeo al no poder sacudirse una serie de costras feudales, tan paralizantes y entorpecedoras como el fanatismo religioso.

Por supuesto, lo ocurrido en España influyó para que en América Latina y, particularmente, en Centroamérica, los liberales impusieran también soluciones mediatizadas a los cambios exigidos por las circunstancias históricas. Aquí, lo mismo que en las tierras del Gran Manchego, la agresión napoleónica puso en la orden del día la necesidad de efectuar profundas transformaciones antifeudales para abrirle paso al desarrollo multilateral de estos países. Los revolucionarios centroamericanos, inspirándose en las ideas del Iluminismo y en los hechos de la Revolución Francesa, se movilizaron desde 1808 para lograr ese propósito, pero fueron salvajemente reprimidos. Luego, cuando en 1821 todo estaba maduro para lograr algo más que la simple ruptura del vínculo

colonial con España, de nuevo los liberales, en alianza abierta con los conservadores, impusieron una Independencia frustránea que, si bien produjo la separación respecto a la monarquía ibérica, no cambió en absoluto las estructuras de la colonia, las que fueron heredadas sin reservas de ninguna clase por los antiguos y los nuevos ricos. A causa de ello, no habiéndose efectuado ningún cambio cualitativo en la realidad económica y social centroamericana, resultó completamente fácil para los autores del engaño de 1821, tanto liberales como conservadores, llevar a cabo la vergonzosa anexión de Centroamérica a México el 5 de enero de 1822.

Pero no es eso todo. El liberalismo centroamericano, actuando como fuerza diversionista de la historia, igualmente contribuyó a frustrar la lucha antifeudal impulsada por Francisco Morazán, y, en este caso, el problema resulta mucho más grave por cuanto fueron algunos actos irresponsables de dichos políticos los que estimularon el alzamiento que produjo el asesinato del gran revolucionario en San José de Costa Rica el 15 de septiembre de 1842. Por ello, cuando se analiza la gesta morazánica a profundidad desde 1827 hasta el sacrificio del héroe, se encuentra que los seguidores de esa banderilla no fueron su principal apoyo como hubiera sido en el caso de ser Morazán uno de ellos, sino que más bien le causaron serios problemas, gracias a los cuales el conservatismo pudo recuperarse y triunfar. Entre esos problemas se encuentra el producido por José Francisco Barrundia y Mariano Gálvez en 1837, quienes llevaron sus pleitos personales hasta el extremo de favorecer la entrada de Carrera a Ciudad Guatemala el 2 de enero de dicho año. Por tal razón, es decir, por el comportamiento vacilante y hasta cómplice de los liberales en la lucha contra el feudalismo colonial, Morazán rompió con ese partido en un determinado momento y mantuvo dicha actitud incluso bajo circunstancias muy difíciles, según informa su secretario personal, Máximo Orellana.

¿De dónde sale, entonces, que Morazán era liberal y que lo realizado por él es el producto de su inserción en esa ideología? Este es un invento, o más bien una acusación, de

los demagogos locales, quienes, aprovechándose del atractivo popular de la gran figura centroamericana, han buscado atraerse el favor de las masas durante las riñas por el control del poder político desde su muerte hasta nuestros días. El liberalismo, como queda dicho, es una doctrina claudicante en tanto que revisión a fondo de las tesis más avanzadas de la Ilustración. Por tanto, del liberalismo no puede salir ni haber salido nunca ningún acto revolucionario, pues su gran característica consiste, no en adaptar su programa a las demandas de las masas, sino más bien en reducir los intereses históricos de los pueblos a su programa de confabulaciones y chalaneos. Es como el flautista de Amelin: se pone a la cabeza de amplios sectores populares, no para conducirlos a la cumbre, sino al pantano, utilizando con tal objeto la música de un discurso vacío y soporífero. Ese papel lo desempeña muy bien en tiempos de dictaduras que no son las suyas, pues entonces se hace aparecer como un luchador consecuente por la democracia, aunque sólo para imponer al final de la fiesta un modelo igualmente mediatizado, es decir, con los mismos privilegios e igual o peor corrupción.

Lo dicho significa, por tanto, que cuando cualquier liberal actúa al margen y hasta en contra de los intereses fundamentales de las masas, lo hace no por un **humanum erroris**, como afirman para justificarse los partidarios de tal doctrina, sino porque esa es la esencia de la misma: el arreglo interesado y la claudicación oportunista. De un liberal no pueden esperarse siempre actos rectilíneos, al estilo de los que tuvo tantos Morazán, porque su sistema de ideas no es capaz de alimentar ese tipo de conducta, pero sí los retorcimientos propios de quien, no teniendo base para obras elevadas, lo reduce todo a la utilidad egoísta. Por ejemplo, si a uno de ellos le hubiesen ofrecido los conservadores la dictadura durante el mes de abril de 1838 en Guatemala, sin duda alguna la habría aceptado, justificándose de mil formas, pues para eso sí tienen una gran habilidad. Pero Morazán, al estar mil codos arriba de tal ideología política, rechazó con firmeza una oferta que le llegaba no sólo de los conservadores, sino también de los liberales, lo que confirma nuestra sospecha

histórica. Además, ¿acaso en América Latina, y específicamente en Centroamérica, no hemos tenido terribles dictaduras encabezadas por liberales? Allí están, como ejemplo, la de Jorge Ubico, en Guatemala; y la de la familia Somoza, en Nicaragua. Refiriéndonos al caso concreto de Honduras debe recordarse que Rafael López Gutiérrez se convirtió en dictador a partir de octubre de 1923, lo que dio lugar a una de las guerras civiles más sangrientas que registra la historia del país. También no debe olvidarse que Tiburcio Carías Andino hizo sus primeras armas políticas en las filas del Partido Liberal y se quedó en el poder durante dieciséis años consecutivos. Por último, no puede echarse en saco roto el hecho de que Roberto Suazo Córdova, además de implantar un régimen militarista que supera todo antecedente cachureco en cuanto a barbarie, manipuló el Congreso de la República un 24 de octubre de 1985 nada menos que para romper el orden constitucional y proseguir él como mandatario.

Pero hemos dicho al principio de esta nota que la peor desgracia que le puede ocurrir a un país en la actualidad es que el liberalismo ejerza allí una influencia decisiva cuando ya es una doctrina perteneciente a la historia política del mundo. La verdad es, ciertamente, que ese sistema de ideas, en su expresión clásica, hace no menos de 70 años desapareció de casi todos los países, y los partidos que aún quedan de dicha tendencia en algunos de ellos no se llaman **liberales** a secas, sino que le han puesto a su nombre un apellido para indicar que ya no son promotores del individualismo estrecho de otros tiempos, sino que incorporan a su ideario y a su acción política los elementos básicos del principio participativo que fundamenta las preocupaciones sociales modernas: hoy se llaman "Demócrata-liberales" o "Liberal-Demócratas", "Liberal-Progresistas" o "Progresista-liberales", "Social-Liberales" o "Liberal-Sociales", etc. Pero ese no es el caso de Honduras, donde el liberalismo sigue siendo el del siglo pasado, con una doctrina hipócrita, basada supuestamente en la Ilustración, pero extraída en realidad de la médula misma de la burguesía claudicante. A este respecto pasma comprobar la parálisis ideológica de los hondureños que se abanderan en esa corriente al considerarse herederos incondicionales de

hombres del pasado: Céleo Arias, del liberalismo clásico; Policarpo Bonilla, de Arias y del liberalismo clásico; Angel Zúñiga Huete, de Arias, Bonilla y el liberalismo clásico; Ramón Villeda Morales, de Arias, Bonilla, el liberalismo clásico y Huete; Modesto Rodas Alvarado, de Arias, Bonilla, el liberalismo clásico, Huete y Villeda Morales; Carlos Roberto Reina, de Arias, Bonilla, el liberalismo clásico, Huete, Villeda Morales y Rodas Alvarado. Ninguno de ellos ha tenido y tiene la valentía de reconocer la caducidad histórica de esa doctrina y, por tanto, de sacudirse los muertos que lleva a la espalda.

*El atraso de Honduras se explica, pues, entre otras cosas, por tener la desgracia de que en la política nacional predomina un pensamiento oportunista y claudicante: en vez de enfrentar los problemas con decisión para resolverlos según los intereses generales, entra en arreglos de diverso tipo con el fin simplemente de sacarles provechos egoístas. Pero ese modo de pensamiento, resulta inexcusable decirlo, no es patrimonio sólo de los liberales, sino que también se da en sus oponentes inmediatos a causa de que, por un fenómeno de trasvasamiento histórico, se ha desarrollado un proceso de **conservadurización** de los liberales y de **liberalización** de los conservadores, hasta convertirse ambos en gotas del mismo pantano. Se requiere, pues, para que Honduras salga de la triste situación de ser el país más atrasado de Centroamérica y el segundo de toda América Latina, llevar a cabo un cambio radical en el ideario político dominante, entre cuyas metas esenciales está deponer el liberalismo clásico de su posición actual para abrirles paso a las iniciativas políticas modernas. Mientras tanto, queda claro que Morazán andaba muy lejos de la demagogia, la claudicación y el oportunismo propios de la doctrina liberal.*

Tegucigalpa, D. C., 5 de febrero de 1992.

INDICE

	<i>Pág.</i>
1. INTRODUCCION	5
2. CAPITULO I	13
3. CAPITULO II	29
4. CAPITULO III	43
5. CAPITULO IV	61
6. CAPITULO V	85
7. CAPITULO VI	103
8. CAPITULO VII	121
9. CAPITULO VIII	141
10. NOTAS	163